

C Columna

Atrévete a pensar: humanidades y universidad



Guillermo Tobar Loyola
Académico de la
Universidad San Sebastián,
Sede De la Patagonia

Con respecto a la reflexión que ha suscitado el panorama actual de las humanidades en la universidad, propongo dos puntos a su consideración. En primer lugar, que las humanidades no son la base de una ideología o de una colectividad particular y, en segundo lugar, que una defensa corporativa de las humanidades puede arrastrar a caer en el mismo error que se intenta subsanar.

En referencia al primer punto, rescato una frase de Terencio, autor romano, que sentenció “hombre soy y nada de lo humano me es ajeno”. En consecuencia, hablar o promover al ser humano debe realizarse desde su integralidad y no de forma parcial.

Al parecer, cargamos a cuestas complejos vicios surgidos en la Modernidad a mo-

do de desarrollo ideológico, que han dividido al ser humano al punto de considerar como valioso sólo el conocimiento, la instrucción técnica y operativa de habilidades y competencias en sentido pragmático.

Por cierto, se trata de un conocimiento esencial para el desarrollo humano, pero del todo infecundo si se trata de meros “indicadores” en el éxito laboral, sin aportar a su calidad de vida y perfeccionamiento humano.

La segunda cuestión a considerar se relaciona con una defensa corporativa de las humanidades. Me parece que no está en discusión el valor de las humanidades, no obstante, su defensa no puede presentarse como si se tratara de una trincherita apartada del ámbito de las ciencias, de la

técnica o de las urgencias sociales. Por el contrario, las humanidades tienen como misión convocar los distintos saberes para disuadir toda tentación de fragmentar el saber y con ello a hombres y mujeres.

Frente a la interrogante de todos los tiempos, “¿quién es el hombre?”, las humanidades responden a partir de su propia experticia, pero acogiendo en su comprensión general todo el conocimiento disponible, ya que “nada de lo humano me es ajeno”.

Desde las humanidades, la respuesta a la interrogante sobre el hombre está lejos de tomar “la parte por el todo” o de mirar la humanidad a través de un cristal refractado por el conocimiento disponible. Si el ser humano es reducido al mundo de las cosas o a la pluralidad de los saberes, la ame-

naza de un reduccionismo antropológico es inminente.

Esta perspectiva no hace más que quedar al acecho de estrategias ideológicas que pretenden enseñar a pensar lo que se desee, aunque esto implique el despojo de la razón y actuar como se venga en gana, a riesgo de perder la libertad.

Como parte de su misión, la universidad tiene la tarea de entregar no sólo contenidos, sino especialmente enseñar a pensar. En el interior de sus aulas, la alocución latina *sapere aude* insta a estudiantes y profesores a tener el valor de usar la razón de conformidad con lo que mejor nos representa como humanos, no sea que Antoine de Saint-Exupéry vuelva a su decepción que plasmó en “El Principito” al decir: “Veo humanos, pero no veo humanidad”. 